

Editorial



La invasión de Ucrania por Rusia y las consiguientes destrucciones, víctimas civiles y pisoteo de derechos, empezando por la violación flagrante del Derecho internacional, nos enseñan a los europeos de hoy algo que los habitantes de demasiados países de otros continentes llevan sabiendo desde hace años a su costa (guerras civiles, intervenciones extranjeras violentas, etc.), a saber: no hemos cambiado tanto desde que los países y las comunidades dirimían sus diferencias con las armas, en busca de poder y territorios, y siempre con los mejores argumentos, en su opinión, porque los malos siempre son los otros. Frente a las ilusiones de su fin en un mundo globalizado, la historia ha regresado de la manera más ruidosa y sangrienta, aunque tal vez nunca se había ido, por una razón que debería ser obvia, aunque parece no serlo para muchos. Por muchos objetivos ideales del milenio que nos fijemos, por mucho que creamos que el ser humano es bueno por naturaleza, los hechos apuntan una y otra vez que la parte de bestia territorial e instintivamente violenta que abrigamos en nuestro interior acaba siempre por salir a la luz de una manera u otra, al menos en el número suficiente de personas con poder como para que siempre haya víctimas y agresores. Una de las funciones seculares de la literatura, y concretamente de la ficción especulativa, ha sido señalarlo a través de unos textos que nos ponen frente a nosotros mismos y nuestras obras como especie social, con el distanciamiento cognitivo que entraña el reflejo simbólico en unos mundos secundarios que comentan implícitamente el nuestro primario. Así lo hacen de manera eficaz tanto conceptual como estéticamente muchas de las ficciones que componen en este número la amplia sección de Recuperados. Entre las traducidas al inglés de sendos escritores catalanes, el relato de Alfons(o) Maseras desenmascara, en un contexto épico-fantástico no sobrenatural, el cruel juego de la política y el desastrado fin que espera a los idealistas en ese ámbito. Por su parte, el poema en prosa de Alexandre de Riquer ataca uno de los sueños más milenarios del ser humano, y que ahora ha cobrado nuevo vigor entre los grupos trans/posthumanistas, el de la inmortalidad, y muestra simbólicamente cómo no estamos realmente preparados para vivir eternamente.

Los textos recuperados en traducción castellana abundan en el mismo sentido de humano escepticismo. Las hormigas de Laßwitz hacen que nos miremos en su espejo y comprendamos lo ridículo de nuestras costumbres vistas desde fuera, sin que el amor romántico, uno de los valores que raramente se ven atacados, salga indemne. La segunda serie de pares panlatinos traducidos por el incansable Mariano Martín Rodríguez ofrece varios que muestran la crueldad antropológica de nuestra especie desde al menos los

orígenes prehistóricos de la cultura y la civilización (religión, Estado territorial, etc.), sin olvidar la codicia que mueve la economía y la política, con sus respectivos engaños, ni tampoco las propias mentiras psicológicas en el origen de nuestras frustraciones existenciales. Además, la ordenación cronológica de los pares desde el mismo inicio del universo hasta su final entrópico, tal y como lo cuenta Theodor Cornel en una anticipación de alcance inigualado en la ficción especulativa, sitúa la historia humana en un contexto universal total, en un universo sujeto desde su principio y continuamente al choque de fuerzas físicas y metafísicas enfrentadas: calor y frío, orden y caos (entrópico). ¿Pesimismo excesivo? ¿Visión lúcida? A los lectores toca decidir y reflexionar, tal y como proponen esencialmente unos textos que, sin embargo, no se quedan en las meras ideas. Su escritura, su intriga y su especulación son otras tantas razones para disfrutarlos como lo que son en primer lugar, notables obras literarias.

Otra gran obra que una reciente edición ha sacado del olvido en que yacía, junto con otros muchos libros de enorme atractivo de su época marginados en un canon literario oficial que desconfía de la fantasía tanto como de la reflexión especulativa, es la colección de relatos *Del antaño quimérico* (1905) de Luis Valera, un libro que cabe considerar un hito en la fantasía fabulosa española, gracias a textos como «La diosa velada» (traducido al inglés en las páginas de *Hélice*), una original ficción de rasgos místicos ambientada en una Atlántida profundamente original, y «La ahijada de los silfos», que es quizá el precedente más claro de *Olvidado rey Gudú* (1996) de Ana María Matute. Lola Robles los destaca en su reseña del libro, cuyo tono personal no obsta a su gran penetración crítica, como corresponde a una de las escritoras más sensibles, inteligentes y dotadas de su generación. Es un honor para *Hélice* tener su firma en este número.

La recuperación de la ficción especulativa moderna temprana antigua, pero literariamente intemporal, que lleva haciendo *Hélice* desde hace años se amplía en este número a la propia literatura castellana gracias a los cuatro relatos de ambientación prehistórica que Juan Herrero Senés ha descubierto en la prensa española de finales del siglo XIX y principios del XX, obra de autores canónicos de la literatura general (por ejemplo, el hispano-cubano Alfonso Hernández Catá) o especulativa (Nilo María Fabra), además de otros menos conocidos que siempre conviene sacar a la luz para demostrar, entre otras cosas, la variedad y riqueza de la literatura especulativa española. Por su asunto, estos textos castellanos recuperados guardan un gran vínculo con la (pre)historia, que abordan a menudo con un enfoque de parábola sobre la humanidad en su evolución, con todas sus luces y, sobre todo, sombras.

La historia también protagoniza el estudio panorámico en inglés de Mariano Martín Rodríguez sobre un tipo peculiar de anticipación literaria, la historia imaginaria del futuro. Podría decirse que toda anticipación es historia del porvenir, pero la clave está en el género discursivo adoptado. Mientras que las anticipaciones de forma novelística (o dramática o poética, como la mencionada

de Riquer) no ocultan su carácter ficticio, las estudiadas en este trabajo son aquellas que fingen ser verdaderas mediante el recurso a la retórica y el estilo de la historiografía, como si fueran informes de algo realmente ocurrido en el pasado de los narradores-historiadores, aunque la perspectiva para nosotros, los lectores, sea la de nuestro futuro. Esta clase de ciencia ficción, en la medida en que el contenido es ficticio y la forma es científica (al serlo la de la historiografía), constituye una rama de lo que en inglés se denomina *fictional non-fiction*. Todos los ejemplos que se dan en esta historia panorámica de la historia futura literaria son en lengua inglesa, ya que este ensayo se ofrece como complemento de otro del mismo estudioso, escrito en castellano, sobre el mismo tema en las lenguas románicas.

La visión del futuro de la humanidad que presenta esta clase de historiografía ficticia no suele ser demasiado halagüeña, ni siquiera en la de Olaf Stapledon, que narra el origen y el desarrollo de varias especies humanas sucesoras, hasta que las leyes del universo imponen su desaparición. Si la historia humana no invita al optimismo, hemos visto que la cósmica tampoco lo hace. Ni siquiera si el universo fuera una ilusión de nuestros sentidos, una creación de entidades desconocidas que jugaran con nosotros y nuestro mundo, habría razones para consolarse, tal y como Pedro Pujante sugiere en su ameno ensayo sobre el particular que honra la sección de Miscelánea. Seamos reales o virtuales, algo malo nos pasa, no solo por nuestros afanes bélicos, sino también por la necesidad que seguimos teniendo de tratarnos justamente entre nosotros, una necesidad que, en materia de igualdad entre varones y mujeres, sigue inspirando valiosas obras fictocientíficas en numerosas literaturas, tal y como Joanna Czaplińska indica en el caso de la checa en el equilibrado artículo correspondiente que figura en el sumario de las Reflexiones del presente número. Y, mientras averiguamos las causas de nuestros males e intentamos ponerles remedio, sin dejar de esperar que la paz y la justicia nos lleguen por fin algún día, siempre podremos disfrutar de la ficción, cuya vertiente especulativa es tal vez la menos escapista en su esencia. Si algunos siguen sin entender así, esperemos que este número de *Hélice* contribuya a combatir sus prejuicios. ¡Lástima que acabar con estos últimos sea a menudo aún más difícil que acabar con las guerras!